



FUGA EN LUZ MAYOR

Fuga en luz mayor

Copyright © 2025 por Laura S. Maquilón

Primera edición, mayo 2025

© Arte de la cubierta de David G. Vaquero

© Diseño de la cubierta de Laura Soriano Maquilón

Corrección de Maribel Abad Abad

Maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-128211-6-1

Depósito Legal: SE 861-2025

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

FUGA EN LUZ MAYOR

Laura S. Maquilón

Corrección de
Maribel Abad Abad

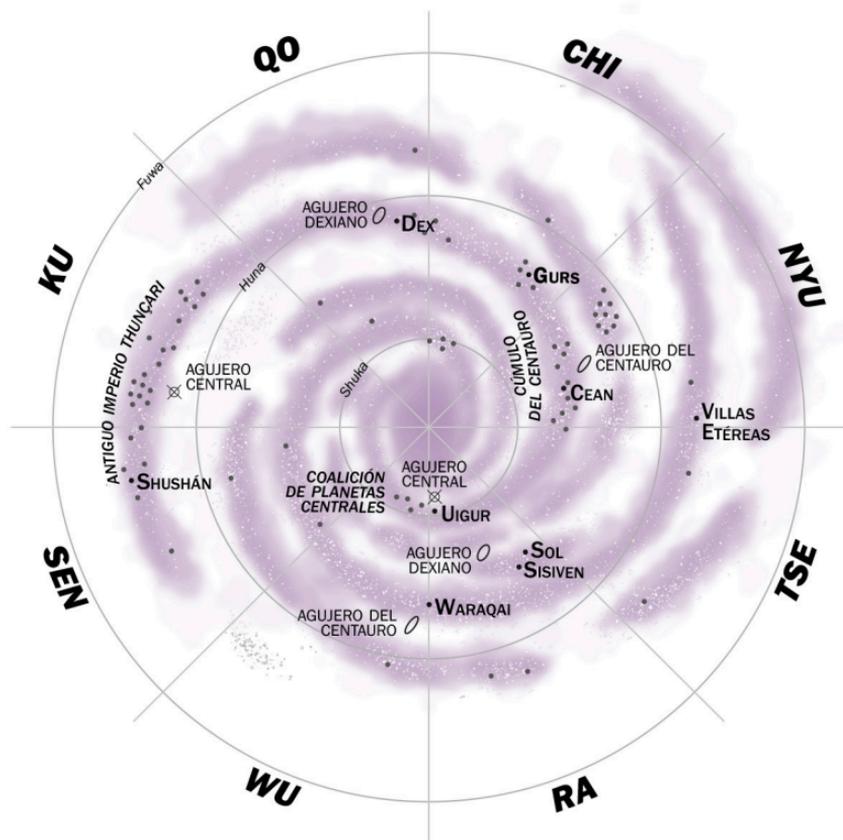
 **Crononauta**

A Pilar y Raquel, por traerme hasta aquí.

MAPA ESTELAR DE LA VÍA LÁCTEA

ELABORACIÓN KITANI

Traducción de Matilde Zagalsky



0 5 000 25 000 AÑOS LUZ





SOL

*«La luz despierta el alma».
Extracto del Nyenki, voz de Waqaoki.*

La vida no transcurre durante el tiempo, sino fuera de él. En esos intersticios en los que todo se detiene y ya nada vuelve a ser como antes. En ese último momento en el que el cuerpo se desplaza lo suficiente como para no recibir el disparo.

A Eu'gal le impactó de lleno.

Ryu-ji trataba de recordar los momentos anteriores a ese para que el horror que su memoria se empeñaba en repetir una y otra vez se abrumase.

Habían llegado al restaurante temprano, cuando todavía no estaba muy concurrido. Preferían esas horas, pues la presencia de Eu'gal ponía nervioso a todo el mundo. A los kitanis no les gustaba tener

tseyikis cerca y había un número limitado de miradas reprobatorias que podían aguantar. Como si haber nacido en otro planeta fuera contagioso. Ese pensamiento la ayudaba a rebajar la tensión, aunque ambas sabían que el problema era mucho más profundo, más que esa desconexión con el Alma Primigenia de Kitán: sus congéneres habían cultivado el odio hacia los colonos que decidieron no volver del planeta vecino durante más de doscientos años, y era palpable en cualquier ocasión.

Así pues, consiguieron sentarse en su lugar predilecto, en una mesa pegada a la pared, junto a una columna que ocultaba los rasgos extranjeros de Eu'gal: demasiado oblongos, demasiado apagados.

Recordaba el rostro radiante de su compañera, las bóvedas bajas de ladrillo del restaurante y la luz de los gusanos luminiscentes desparramándose sobre la mesa como elementos borrosos y desconectados entre sí, fuera de lugar. Si intentaba fijarlos en su mente, el disparo volvía a resonar y la oscuridad lo destruía todo.

Retrocedió de nuevo e intentó atesorar los pequeños instantes de felicidad, la musicalidad y la vibración de los palpos de Eu'gal cuando reía, el brillo cobrizo de su casco bajo las luces danzantes. Hasta que, invariablemente, llegaba el estallido.

Los cuatro ojos de Eu'gal se abrieron de pronto y luego se volvieron blancos, su brillo se desvaneció y su cuerpo se desplomó sobre comida, madera y cerámica.

Ryu-ji no vio qué sucedía en ese lapso, en ese espacio atemporal en el que la irrealidad se adueñó de la escena. No fue consciente de los brazos que las agarraron a ambas mientras ella se retorció y gritaba sin voz. Apenas recordaba cómo llegó a la celda. Todo quedó sepultado tras una pregunta reincidente: ¿Eu'gal estaba viva o muerta?

En las horas transcurridas en la celda había intentado recuperar ese momento previo al desastre, sin éxito. Quien había disparado debía de estar detrás, dada la trayectoria del rayo. Si se fijaba en un punto sobre el hombro de su acompañante, tendría la cara del culpable. Pero ahí solo había vacío.

Golpeó la pared con el puño. Los palpos le vibraron de rabia. Debía intentarlo otra vez, tenía que conseguir pruebas para salir de allí, para sacar a Eu'gal como fuera. Habían cometido un error y no podían retenerlas mucho más.

Unos pasos resonaron en el pasillo y Ryu-ji levantó las antenas. Entrechocó las mandíbulas. Por fin iban a por ella. Debía mostrarse tranquila si quería resolver el entuerto; ya descargaría la ira

en mejores circunstancias. Tenía una ligera idea de por qué se encontraba en esa situación y no convenía que se alterara más de la cuenta.

—¿KaiQo Ryu-ji?

La pregunta la hizo un kitani de casco amarillo y negro y mandíbulas alargadas tras entrar en la celda. Junto a él, obstruyendo la puerta, la miraba con dureza una kitani de facciones cuadradas. La quitiña del casco absorbía toda la luz procedente del pasillo y Ryu-ji tuvo la sensación de que se llevaba también un poco de la suya.

—Qaotakida. —Realizó el saludo formal con un estremecimiento al observar los cinturones que cubrían los esternitos de los dos agentes. Eran anchos y de un verde selvático, lo que descartaba a sus dueños como simples vigilantes. Agentes del Equipo de Máximo Nivel Antidisturbios. Aquello era más gordo de lo que había pensado.

Ryu-ji respiró hondo, sin permitirse parpadear.

El brunogualdo se aproximó y se sentó frente a ella mientras su compañera permanecía como una estatua en el umbral.

—Soy WuSen, y esta es WonChi. Queremos hacerle unas preguntas.

La ingeniera asintió despacio y clavó los tarsos en el suelo. Estaba ante el cuerpo de seguridad más

elevado de Shukshenki y más le valía no salir corriendo. Que se hubieran presentado con sus números de nacimiento no auguraba nada bueno. Eso solo marcaba en qué orden se habían abierto sus huevos en la nidada, pero había miles de WuSens y WonChis en Kitán. Esperaba no necesitar su identificación completa. Después de todo, debía de tratarse de un malentendido. Su prioridad iba a ser averiguar qué había pasado con Eu'gal. La pregunta era cómo.

—¿En qué trabajas, KaiQo?

—Soy técnica de maquinaria en Vehículos Daen Takiwa. Me encargo de que los campos se aren mejor y más rápido.

La voz le salió firme por la costumbre. El agente WuSen comprobó el dispositivo que tenía en la mano para verificar que la respuesta se había grabado y continuó:

—¿Ese trabajo implica hacer pruebas de seguridad?

—No en mi caso. Yo diseño, hago los cálculos. Esos análisis los realiza el departamento de calidad.

—¿Y en tus estudios has realizado pruebas de ese tipo?

—Sí, alguna vez —dijo Ryu-ji, algo más indecisa. No entendía qué tenía que ver el encarcelamiento

con todo ese cuestionario sobre su trabajo—. Fue más teoría que práctica, en realidad.

—¿Y esa teoría la has compartido con alguien externo a tu entorno laboral?

—¿No? —Cada pregunta la había desconcertado más. ¿Qué tenía que ver su trabajo con Eu'gal?—. A la gente no le gusta oír rollos sobre fórmulas. ¿A qué viene esto?

—WuSen es quien hace las preguntas, KaiQo.

La voz de la kitani era profunda y cortante como un hacha de carnicero. Cruzó los brazos, invitándola a intentar superar el escudo de músculos que era su cuerpo. Ryu-ji tragó saliva.

—Tranquila, WonChi. KaiQo está encantada de colaborar con nuestra investigación, ¿verdad?

La ingeniera movió la cabeza arriba y abajo por instinto. No se le había escapado el deje amenazador de la pregunta. Que la trataran con el número de nacimiento tampoco ayudaba. Solo se utilizaba para gestiones burocráticas y administrativas, ni siquiera entre hermanos de nido o parejas. Para todo el mundo era Ryu-ji, R-J en su círculo más cercano, y el tratamiento impersonal que estaban utilizando los agentes del EMNA la incomodaba más de lo que jamás habría apostado. Además, si el tirador que había abatido a Eu'gal también llevaba cinturón verde,

sabía que cualquier denuncia sería una pérdida de tiempo, y eso aumentó su enfado.

Desconocía en qué lío se había metido sin saberlo, pero, ya que estaba pringada, que fuera hasta el fondo.

—¿Eu'gal está bien?

Los dos agentes se miraron. Ryu-ji percibió el intercambio de feromonas entre ellos, un código que era incapaz de descifrar pero que le gritaba «peligro». Se estremeció.

—¿Le diste algún tipo de información o material a tu amiga con el que pudiera fabricar un explosivo?

—¿Qué? —dijo con la mandíbula cerrada para evitar soltar un exabrupto—. Eu'gal es comerciante, ¿para qué iba a querer unos explosivos?

—No lo sabemos. Intentamos descartar posibles amenazas contra Shukshenki y sus habitantes.

—Ella no es una amenaza.

—Eso lo decidiremos nosotros, KaiQo. Imagina que alguno de sus compañeros tseyikis decide volar algún edificio de la ciudad. ¿No te gustaría saber si está involucrada?

La sangre de Ryu-ji se enfrió y agradeció estar sentada, porque de pronto se le nubló la vista. ¿Había habido un atentado de verdad o solo era un supuesto? Era consciente de que las tensiones entre

kitanis y tseyikis se agravaban cada cierto tiempo, pero nunca hasta ese extremo. No desde la guerra.

—Ella no lo haría. Solo está aquí por cuestiones comerciales. Cuando no trabaja, está conmigo. —Endureció la voz, cansada de estar a la defensiva. Nunca se le había dado muy bien esa posición—. No hay ninguna razón por la que tuvieran que abatirla en el restaurante. ¿Dónde está?

—Oh, vaya. —El agente WuSen parecía más que indiferente a sus preguntas. Ryu-ji no tenía más importancia para él que una piedra de otro planeta. ¿Y eso dónde dejaba a Eu'gal?—. Perdón por interrumpir tu cita, entonces. Solo tengo una pregunta más, KaiQo. ¿Tú...?

Un carraspeo interrumpió a WuSen, que dio la primera muestra de sentirse molesto. El sonido procedía de detrás de WonChi, que se giró para enfrentarse a una kitani un palmo más baja que ella. Su casco, de un verde brillante, relucía bajo la luz del pasillo. Tenía el gesto serio, los brazos derechos en jarras y uno de los izquierdos extendido hacia la agente. En la mano sujetaba un papel.

—Vengo a llevarme a Ryu-ji.

—KaiQo está en un interrogatorio —soltó WuSen mientras se ponía en pie, con una voz mucho menos amable que la que había utilizado hasta el momento.

—No tienen ningún motivo para interrogar a mi kinnahi en estas circunstancias ni mantenerla retenida. Mañana acudirá a una citación, donde podrá contestar a sus preguntas con más tranquilidad. Con la peste que echa a miedo no creo que vayan a encontrar a quienes buscan.

«Gracias por el piropo, Mok-te», pensó la ingeniera, aunque imaginaba que humillarla ayudaría a su hermana a ponerse en sintonía con el EMNA. Si apestaba a algo, no era a miedo, sino a ansiedad, al humo de sus engranajes mentales, que trabajaban a todo trapo calculando escenarios y posibilidades, tratando de llenar los huecos de la historia inconclusa en la que estaba inmersa.

—Es una orden del Concilio —anunció WonChi tras leer la nota. Se la tendió a su compañero y Ryuji pudo ver con claridad a su hermana de nido tras el umbral. Nunca se había alegrado tanto de que Mok-te trabajara en la administración conciliar.

El agente WuSen chasqueó las mandíbulas, contrariado.

—Está bien. Estábamos acabando, así que puede llevársela. ¿Le importa que le haga una última pregunta?

Mok-te era de torso amplio y patas estrechas, que se tambalearon cuando cambió el peso de un

pie a otro. Dos ojos se desviaron hacia Ryu-ji por un instante y ella asintió despacio. Si con eso conseguía que la dejaran en paz al menos durante unas horas, que preguntaran.

—Claro, adelante.

—Bien. KaiQo. —WuSen se giró hacia la kitani, que aún permanecía sentada, y se interpuso entre ella y su kinnahi. Las manchas negras sobre el casco ambarino parecían listas para lanzarse sobre la ingeniera en cualquier momento—. ¿De quién eres hija?

Ryu-ji alzó la cabeza ante la pregunta. ¿Así que era por eso? ¿Todo volvía a reducirse a la religión? ¿La gente no aprendía nunca? ¿No recordaban las vidas que se llevó la guerra por el mismo motivo? ¿Por eso habían disparado a Eu'gal?

El calor de la ira le ascendió hasta las antenas y tuvo que controlarse para no extraer cantaridina y escupir a los pies del agente.

—Se lo diré cuando me digan qué ha pasado con Eu'gal.

Un brillo amenazador cruzó por los cuatro ojos de WuSen, pero el kitani se limitó a esbozar una sonrisa y se apartó, dejándole vía libre para salir de la celda.

—Seguiremos con las preguntas mañana. Espero que pase un buen día.

Algo se cortó en el estómago de Ryu-ji, como si hubiera perdido uno de los hilos que la unían a su compañera. Su pareja. Su hiwa. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habían hecho? Si la habían pillado los radicales de la facción Tanwa, nada bueno, eso seguro. Había sido muy ingenua al pensar que alguien del EMNA le daría alguna información valiosa.

Sin más dilación, se levantó y se dirigió hacia la puerta, con los puños apretados en cuatro bolas de roca.

—Buenos días, agentes —se despidió su hermana en nombre de ambas.

Ninguna habló mientras recorrían los túneles del edificio. Ryu-ji se concentró en las juntas entre ladrillos del techo, que trazaban un camino quebrado hasta la salida. Si se salía de él, era capaz de estallar.

Sin embargo, la primera en hacerlo fue Mok-te.

—¿Se puede saber por qué no has respondido a la pregunta? —la riñó en cuanto se alejaron un par de calles del Centro de Seguridad.

Ya había amanecido. Los primeros rayos de sol atravesaban la fina niebla que paseaba por las calles de Shukshenki, arrancando destellos ocres de la arcilla cocida. La luz despertaba el alma de la ciudad. Había más gente de lo habitual por las calles, un

flujo suficiente para que su conversación no rebotara en las paredes.

—¿Qué querías que dijera? —murmuró Ryu-ji entre dientes. Pasaron por delante del horno y el olor del pan recién hecho provocó un rugido de su estómago. No había caído en que llevaba más de dieciséis horas sin comer—. ¿Que mi madre es Waqaoki, alma de Kitán?

—Exactamente eso, R-J. No diré que apoyo tu falta de fe, aunque la respeto, pero no puedes esperar lo mismo del resto de gente, y menos del EMNA.

Ryu-ji resopló. Lo que menos le apetecía a la ingeniera en ese momento era tener una discusión teológica. ¿Cuántas veces tenía que explicar lo que significaba para ella su relación con Waqaoki? ¿Acaso toda su kinna tenía la cabeza de piedra?

—¿Qué han hecho con Eu'gal, M-T?

La kitani le apretó los brazos con las manos en señal de apoyo.

—Está viva, o eso espero. Kitán no se arriesgará a empezar otra guerra con Tseyiki tras dos siglos de paz. Pero la cosa no pinta bien.

—Dos siglos de... paz —repitió Ryu-ji con intención—. Entonces, ¿lo del ataque es cierto?

Mok-te asintió mientras chasqueaba las mandíbulas con reprobación.

—Anoche estalló un almacén de comida. No hubo heridos, pero la facción del Río está furiosa, sobre todo tras las malas cosechas que se han acumulado. Ha habido una reunión urgente del Concilio para ver qué medidas hay que tomar.

—Así que tú tampoco has dormido, ¿eh?

Los palpos de la kitani vibraron como moscas atrapadas entre dos vidrios cuando suspiró:

—Ha sido una noche larga.

—¿La primera medida fue entrar en un restaurante y disparar a la primera tseyiki que vieron?

—El Concilio no funciona así, R-J. Se actuó como se hace en casos de emergencia y luego...

—Emergencia terrorista.

—Sí, claro...

—Eu'gal no es ninguna terrorista.

Mok-te se detuvo en la esquina de un local cerrado. Sobre ellas, un kitani extendía ropa sobre la barandilla de piedra de su balcón. La de casco esmeralda se acercó a Ryu-ji y la tomó de los brazos para evitar que la interrumpiera más.

—Es una tseyiki —susurró—. Llevan semanas provocando altercados, así que la principal sospecha es que, en efecto, ha sido un atentado. Están investigando a todos, Eu'gal es tan sospechosa como cualquiera, aunque no te guste.

—¿Para qué eres secretaria en el Concilio si no me cuentas nada? ¿Sabías que era peligroso que saliéramos! ¿La sedación a distancia está ayudando? ¿O encerrarme a mí?

—No deberían haberte tratado así.

—¿El Concilio o esa panda de chalados del EMNA?

Mok-te no contestó. Ryu-ji había ido elevando la voz y el vecino de arriba asomaba la cabeza para ver qué ocurría. Varios ciudadanos más se les habían quedado mirando. La ingeniera escupió.

—A veces desearía ser un alien. ¿Sabes que los humanos se crían con sus adre biológicos, como los tseyikis? Así hubiera tenido una respuesta aún más graciosa para la pregunta del agente.

—Vámonos a casa, anda.

Su hermana la empujó sin contestar. Sabía que sus palabras rozaban la herejía, pero en aquellos momentos solo le salía ser sarcástica. Era eso o echarse a llorar. Apretó el paso sin comprobar si Mok-te la seguía. La sonrisa de Eu'gal antes de desmayarse había regresado a su mente y la impotencia le inundaba el corazón. Waraqai, el sol de Kitán, ascendió tras un árbol y las lágrimas de sus mejillas destellearon. No se molestó en limpiárselas.